

Epílogo

José Luis Fernández Fernández

Cervantes daba comienzo al genial prólogo del Quijote con aquel lapidario “desocupado lector”. Yo, aunque quisiera remedarlo, ni por pienso podría aplicarte a ti tan mítico calificativo. Y no sólo porque ahora se trata del epílogo, del colofón de un libro que, seguramente acabas de leer. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo adjetivarte de manera tal que alguien pudiera, siquiera fuere remotamente, inferir que te supongo ocioso, inactivo, vago, haragán o desatento? A ti, ¡precisamente a ti!, que te has hecho con el libro y que no te limitaste a dejarlo tal vez colocado encima de una mesa o quizás primorosamente alineado en algún estante de la librería; sino que lo sostienes todavía entre las manos, una vez leído, con un rictus de satisfacción en la sonrisa. ¡Pero si, en el colmo de la diligencia, estás todavía demostrando un interés muchísimo más que encomiable! ¡Estás incluso teniendo la deferencia, que muy sinceramente te agradezco, de prestarles atención a estos párrafos de cierre que voy a redactar por modo de postre!

Como es de ley, con el ánimo de adaptar la redacción de mi texto a quien hubiere de leerlo; y partiendo del hecho de que la extensión debería de ser necesariamente breve; necesitaba decidir cuál habría de ser el registro lingüístico con que tenía que acompañar el texto. La respuesta tardó muy poco en aparecer: sólo si estuviera yo dispuesto a asumir las consecuencias derivadas de optar por un modo discordante con respecto a la música que Marta Aréizaga ha venido imprimiendo a la letra de su relato; sólo en ese supuesto, digo, tendría sentido adoptar un tono que no fuera análogo al del libro. Porque, como habrás comprobado, es el desenfadado y la frescura con que la autora expone las ideas lo que lo explica que tres de cada cinco lectores, incapaces de suspender la lectura, lo hayan embaulado de una tacada, leyéndolo *del tirón*.

No tenía, pues, sentido hacer mudanza en el tono de estos compases finales: eso estaba claro. Faltaba, sin embargo, un aspecto clave que contemplar: había que tratar de anticipar, si no quién, al menos cómo podría ser el receptor-tipo del mensaje. Había que llevar a cabo una especie de composición de lugar barajando posibles escenarios respecto a las características de la audiencia a la que habría de dirigirme. Con todo, no tardé en aparcar el asunto; me costó poco dejar de lado, por irrelevante, una preocupación de tan magra sustancia -obviamente, en el caso, y sólo en el caso, que nos ocupa. Porque las intuiciones que voy compartir con quien haya leído el libro pueden ser formuladas de la misma forma en cualquiera del triple escenario hipotético que cabe imaginar: ya se trate de expertos; ya de legos; o bien -entre medias de los unos y de los otros- ya hubiera de dirigirme a tantos otros que, ciertamente, habían ya oído probablemente campanadas sin haber sido hasta ahora capaces de identificar a ciencia cierta ni de dónde venía el sonido ni, por supuesto, si repicaban a gloria, si tocaban a rebato o si, por desgracia, estuvieran doblando a muerto.

No sé si eras de los iniciados en los dominios de la *sostenibilidad*: denominada sea la materia de esa forma o con cualquiera de las otras, múltiples y distintas, variaciones sobre el tema a las que la autora ha ido haciendo referencia, en una especie de *declaratio terminorum*, bien significativa. Digo que no sé si te debiera suponer encuadrado entre los lectores que estaban, de sobra, al cabo de la calle y plenamente conscientes del busilis de la cuestión que aquí se fue

ventilando. Tampoco sé si eres de los que, teniendo una vaga idea del asunto, estaban en condiciones de suplir, con imaginación y la pizca indispensable de sentido común, lo que les falta de conocimiento técnico; y que, a buen seguro, tras haber llegado hasta aquí, ya estarías, incluso, en condiciones de subirte al autobúsillo de marras e ir por ahí *de bolos*, acompañando a los expertos. Tal vez ocurra que -ni lo uno ni lo otro- milites en el benemérito bando de los que hasta haber topado con este escrito estuvieras encuadrado en el número de los ignaros; de aquellos que en su vida -¡maldita falta les había hecho!- habían oído hablar del asunto, y que aún no habían tenido noticia del misterioso arcano al que aluden la *RSE*, la *RS*, los *ODS*... o incluso la *órdiga*, la *reórdiga*, la *escojonación*, el *Te Deum Laudamus*... ¡Y lo que te rondaré, morena!

Da igual: seas quien seas, lector, estoy seguro de que vas a sacar buen provecho de la lectura que acabas de realizar de *Sostén... y bilidad*. De una parte, estoy seguro de que te has divertida: ¡se te nota en el brillo de los ojillos! Y, si eso nunca viene mal, en tiempos como los que nos está tocando vivir, trufados de incertidumbre, aún se agradece más. Puesto que, como, al decir del refranero, las penas con pan son menos, de igual manera procede dejar sentado, al menos como hipótesis de trabajo, que la suspicacia y el desconcierto que la coyuntura nos plantea, se ven un tanto mitigados cuando los encaramos con una sonrisa en los labios.

Por otro lado, seguro que has encontrado ocasión de formar criterio propio y que estás en la sazón apropiada para prolongar por tu cuenta los alcances de muchas de las intuiciones que, entre veras y bromas, Marta Aréizaga ha venido explicitando a lo largo de su escrito. Es bien probable que, partiendo de la literalidad de las fórmulas, no vayas a encontrar obstáculo para extrapolar e ir más allá del estricto ámbito del discurso de lo sostenible. Porque, en efecto, no hace falta *ir a Salamanca* para caer en la cuenta de que *-another tool for business!*, como dicen los anglosajones- todo este *cantar* se ubica conexas al *briefing* que ha ido dando lugar a la narrativa de lo verde y al machacar de los mantras que en tantos anuncios televisivos -desde cápsulas de café a yogures probióticos, pasando por tampones higiénicos o incluso por sistemas *verdes* (i) para la generación de electricidad-; digo que a los anunciantes y creativos parece haber venido Dios a verlos y no cejan en el empeño, insistiendo en que tal o cual cosa que nos quieran vender... ahora resulta que, además de serlo para su cuenta de resultados, es también dizque *bueno para el planeta*. ¡Ele! ¡Qué arte!

Todo ello, por lo demás, inspirado por referencia una musa a la que has tenido ocasión de saludar páginas más arriba. Se trata, con toda probabilidad, de un producto como esos de quita y pon. Es decir, de los que son hechura de puro marketing, y que deben estar siempre listos para usar y guardar, a medida que sea menester. La *musicilla* en cuestión -dicho queda también *supra*- atiende por Greta. Aunque hay que quererla, la moza es más bien *sosina*, como dirían por la parte de Mieres; y, por más que se esfuerce, resulta que mucho *garbo* esta Greta no lo tiene... Salvando las distancias, viene a ser trasunto desleído y remedo *aggiornado* de aquella otra, *Pippi Calzaslargas*, de cuando el Instituto y nuestra adolescencia. Por más que - ¡eso seguro!- la nuestra, la de cuando entonces, tenía mucho más encanto y gracia: ¡dónde va a parar!

Dicho sea esto de la gracia, sin dejar de recordar como uno de los más hilarantes episodios de esta cantinela que la autora acaba de poner en solfa, aquella apelación -rotunda y campanuda donde las queramos buscar- que en su día hiciera un eminente prohombre de nuestra vida política. ¿No se nos descuelga -en otra especie de "¡Viva Honduras!"- con una intervención antológica; esta vez refiriéndose al tremendo asunto del *cambio del clima climático (sic)*? Nos

aseguraba entonces que su partido estaba presto y en condiciones de afrontar con solvencia tamaño reto...

No es broma, no, lector amigo; que así: así –“cambio del clima climático”- se tiene expresado - y aquí se puede comprobar: <https://www.youtube.com/watch?v=I3KShwE8WSU>- el inspirado sujeto al que -iperdonada sea la manera de hacerlo!- estoy queriendo señalar. ¿Qué de quién se trataba? La caridad cristiana me impide desvelar su identidad con una respuesta clara y transparente. Por cierto, esto de la transparencia, junto a lo disruptivo, a lo transversal y a *ino sé cuantitos!*... también hubo de aflorar en el texto principal, como ejemplo de la neo-parla *á la mode* que a la autora tiene algo aburrida, como habrás podido comprobar. Con todo, para no dejarte completamente en ascuas, te doy unas señas mínimas, contando con que -como ocurría con aquella benemérita *La Codorniz*- el lector inteligente es capaz de la audacia de descubrir al pecador, declarado como acabo de hacer el pecado. Pues bien, el Demóstenes patrio de lo del *cambio del clima climático* era uno que, aunque no se llamaba Francisco, atendía, sin embargo, por *Curro*, y figuraba como ínclito ministro, nada menos que de Asuntos Exteriores, en el gobierno que presidía otro, no menos eximio personaje.

Corramos el consabido velo, eso sí, bien gordo para que no se vea lo que, desde la empatía, debiéramos tratar de cubrir. No vaya a ser que, con la chanza y el aquél de las risas, se nos eche a perder del todo la credibilidad del mensaje, perdida a perpetuidad la del mensajero. Porque lo cierto es que la propuesta, en el caso de estar hilvanada con algo de arte, podría sin duda tener faena. De hecho, igual que ocurre con el más mansurrón de los bureles, seguro que tiene unos cuantos pases bien ligados que borren de la mente de la afición la triste idea de que, en vez de estar asistiendo a un espectáculo serio, se estuviera presenciando una charlotada, más propia del número del Bombero-Torero.

Pues bien: ¡a lo que te voy!, que debo abrochar el epílogo con una suerte de balance. Entre otras bondades asociadas a la lectura de este desenfadado libro, no es la menor la que aporta aquella especie de *granu salis* derivado del humor con que está escrito. Porque sigue siendo verdad que, como cantaba Mary Poppins: “Con un poco de azúcar esa píldora que os dan... entrará mejor”. Y es que, en efecto, hay veces que resulta imposible digerir sin nauseas un discurso que, cuando se articula desde quienes hablan por boca de ganso, sin saber a ciencia cierta de qué están hablando, acaba resultando tan inane, vacío, tan cursi, almibarado y estomagante que uno estaría casi a punto de vomitarlo.

Ahora bien, lo mismo que sería un error imperdonable tirar al niño al camino con el agua de lavarlos, debemos cuidarnos mucho de disparar por elevación y pasarnos de frenada, denostando -de manera injusta y sin matices que lo justifiquen- todo lo asociado con el tema que dio ocasión a este libro. Porque, en efecto, al fondo de todo lo que se relaciona con la sostenibilidad, hay mucha verdad y una tarea que merece muy seriamente la pena acometer con buen tino, mejor criterio y algo de buena suerte. Por ello, haríamos bien en discernir; en tirar de chaira y podar la hojarasca; habríamos de tratar de separar el trigo de la paja; para quedarnos con lo que merece la pena, dejando en la cuneta el lastre con que inevitablemente se ha venido recargando el mensaje a medida que se ha ido viendo “enriquecido” con nuevos elementos, con voces inauditas y con apelaciones muchas veces gratuitas o de factura insólita.

A ello, a esta cura -casi de Filosofía del Lenguaje- nos anima este trabajo de Marta Aréizaga. Una lectura de este librito como la que acabas de llevar a término, esto es, atenta y reflexiva - sin duda, también, jovial y grata- puede constituir en muchos casos un primer paso crítico para enfrentarse con el asunto que nos ocupa. Este abordaje riguroso, por lo demás, constituye el

mejor favor que se pueda hacer a la causa, toda vez que constituye la condición previa de posibilidad para reforzar el mensaje desde una propuesta seria, creíble y razonablemente bien articulada.

Que sean otros los que sigan con la matraca de que la RSE -o la Sostenibilidad, o lo que toque en cada caso- *“ha venido para quedarse”*. Lejos de ser nosotros, lector amigo, los que sumemos nuestras voces al coro de los que cantan, sin enmendarse, aquello otro, tan tierno, de que la RSE -la Sostenibilidad o lo que proceda, según el cuarto de luna que rija esa semana-; digo aquellos que entonan la bonita trova de que, lo que sea, *“está en el ADN de la organización”*...

Dios nos libre, en todo caso, de caer en el tópico y de abundar en el lugar común: ya nos lo decía el P. Florencio Segura cuando analizábamos poesía de calidad: *“¡Recordadlo, chavales! el primero que haya sido el que comparara los dientes de su novia con las perlas y sus labios con los rubíes, ése era un poeta. ¡Y de los buenos! El otro, el que hizo lo mismo, pero más tarde, refiriéndose a la suya, ése en cambio no era sino un plagiaro, un aprovechado, que no tenía ni chispa, ni gracia, ni sentimiento poético, ni duende, ni ángel, ni ná”*.

Por eso, si alguna vez nos asaltare la tentación de decir lo que todos dicen, la mayoría de las veces, sin saber siquiera de lo que están hablando -y de ello la autora nos ha ofrecido un rosario cuajado de cuentas-, cuando eso nos ocurra, parémonos; guardemos un breve silencio y pensemos -¡ahí es nada, compadre!: ¿pensar, dice *usté?*-... Pensemos, sí; y hagámoslo con vistas a formular con nuestras propias palabras la idea en cuestión. Incluso aunque hayamos de afirmar de otra manera aquello otro tan loable y meritorio de que *“no vamos a dejar a nadie detrás”*. Porque, cuando falta la credibilidad en el emisor, a los que siempre les gusta andar enredando, les queda botando la pelota y te salen con que... *“¡Eso, eso! ¡No dejes a nadie detrás porque, si se mosquea, a lo mejor saca la de Taramundi, te la mete doblada y te pasaporta para el Valle de Josafat antes de tiempo!”*

Cierto es que aquella pretensión de seriedad a la hora de llamar las cosas por su nombre, empleando el lenguaje en toda su triple función -símbolo, síntoma y señal- necesariamente nos va a exigir esforzarnos, ante todo, por hablar en primera persona. Si, además, tratáramos de no desvariar mucho, el registro empleado podría aportar a lo que acabemos diciendo algo de rigor y, seguro, una mucha mayor credibilidad. Con ello, desde luego, estaríamos evitando que quien nos oyere y estuviera al tanto de lo que se cuece en estas ollas, optara por desenchufar, decidiera conectar a tierra, y acabar tildándonos, como poco, de cantamañanas -cuando no de *singing-mornings*, en la hipérbole y el refinamiento del virtuosismo-.

Un antídoto inmejorable contra aquella enfermedad, como va dicho, la tienes, lector, entre las manos. Quede claro, por lo demás, que, para seguir cultivando la virtud de la paciencia y no desesperar ante el disco rayado del discurso, ni a desanimarse ante la generalización de la superficialidad que lo alimenta, siempre cabe volver a leer el libro... Yo, por mi parte, lo he hecho ya en tres ocasiones. ¡Y tal vez no sean las últimas!